

**SIMON
BECKETT**
**LA INQUIETUD
DE LOS MUERTOS**

Traducción de
Ana Alcaina

Círculo de Lectores

1

Compuesto por más de un sesenta por ciento de agua, el cuerpo humano no flota de forma natural. Únicamente lo hará mientras haya aire en sus pulmones, antes de hundirse poco a poco hasta el fondo. Si el agua está muy fría o es muy profunda, permanecerá allí abajo, experimentando un proceso de disolución lento y oscuro que puede durar años.

Sin embargo, si el agua está lo bastante caliente para que las bacterias se alimenten y se multipliquen, el cuerpo entrará en un proceso de descomposición. Los gases se acumularán en el intestino, aumentando la flotabilidad del cuerpo hasta que regrese a la superficie.

Y entonces los muertos se levantarán, literalmente.

Tendido boca abajo, con las extremidades en suspensión, el cuerpo se desplazará sobre o justo por debajo de la superficie del agua. Con el tiempo, en una regresión mórbida a su formación en la oscuridad amniótica del útero materno, acabará finalmente por desmembrarse por completo. Los extremos primero: dedos, manos y pies; luego, brazos y piernas, y, por último, la cabeza, todos desprendiéndose hasta que solo quede el torso. Cuando hayan emanado los últimos gases de la descomposición, este también se hundirá muy despacio, por segunda y última vez.

Pero el agua también puede hacer que se produzca otra transformación. A medida que los tejidos blandos se descomponen, la capa de grasa subcutánea empieza a deshacerse y acaba encerrando un cuerpo humano en una gruesa capa de grasa. Conocida como adipocira o «grasa cadavérica», por llamarla por su nombre más vistoso, esta sustancia pálida también recibe una denominación algo menos macabra:

Jabón.

Recubiertos por su mortaja de color blanco sucio, los órganos internos se conservan mientras el cuerpo recorre flotando su último y solitario viaje.

A menos que el azar lo saque a la luz del día una vez más.

El cráneo pertenecía a una mujer joven, sexo al que apuntaba la estructura ósea, más delicada. El hueso frontal era alto y liso, sin las protuberancias del arco superciliar, mientras que el pequeño bulto de la apófisis mastoides, justo debajo de la abertura del oído, parecía demasiado delicado para tratarse de un hombre. No es que esos rasgos fueran definitivos, pero tomados en conjunto me ofrecían pocas dudas. Los dientes adultos ya habían salido en el momento de la muerte, lo que indicaba que tenía más de doce años, aunque no muchos más. Pese a que faltaban dos molares y un incisivo superior, probablemente perdidos *post mortem*, los dientes restantes apenas estaban desgastados. Este hecho corroboraba la historia que desgranaba el resto de su esqueleto: que la joven había fallecido antes de alcanzar los últimos años de la adolescencia.

La causa de la muerte era más que obvia. En la parte posterior del cráneo, un orificio irregular de unos dos centímetros y medio de largo y un centímetro de ancho ocupaba el centro casi exacto del hueso occipital. No había signos de cicatrización y los bordes de la herida del hueso estaban astillados, lo que sugería que la víctima estaba viva cuando se produjo la lesión. Ese no habría sido el caso si el daño se hubiera infligido después de la muerte, cuando el hueso se seca y se vuelve quebradizo. La primera vez que cogí el cráneo me sorprendió oír un ruido casi musical procedente del interior. Al principio pensé que debían de ser fragmentos de huesos, introducidos en la cavidad craneal por cualquiera que hubiese sido el objeto que acabó con la vida de la joven víctima. Pero el ruido correspondía a algo demasiado grande y sólido para eso. La radiografía confirmó mis suposiciones: en el interior del cráneo de la joven había un objeto fino y simétrico.

Una punta de flecha.

Era imposible determinar con exactitud cuántos años tenía el cráneo ni cuánto tiempo había permanecido enterrado en los pá-

ramos de Northumberland y sus paisajes azotados por el viento. Lo único que se podía decir con certeza era que la joven llevaba muerta más de quinientos años, el tiempo suficiente para que la varilla de la flecha se hubiese desintegrado y el hueso se hubiese oscurecido hasta adoptar el color del caramelo. Nunca se sabría nada sobre ella, ni quién era ni por qué había muerto. Me gustaba pensar que quienquiera que la mató, bien cuando huía o en el momento en que se dio la vuelta, había sido castigado de algún modo por el crimen. Pero tampoco había manera de saberlo.

La punta de flecha se movió y emitió un pequeño sonido mientras yo guardaba el cráneo y lo envolvía cuidadosamente en papel de seda antes de volver a colocarlo en su caja. Al igual que otros esqueletos históricos del departamento de antropología de la universidad, aquel cráneo se utilizaba en las prácticas con los estudiantes, una curiosidad morbosa lo bastante antigua para carecer, básicamente, de cualquier efecto chocante. Yo ya estaba acostumbrado –desde luego, había visto cosas mucho peores–, pero ese *memento mori* en concreto siempre me había parecido particularmente conmovedor. Tal vez se debía a la juventud de la víctima o a la brutalidad de su muerte. Fuera quien fuese, aquella joven había sido la hija de alguien. Ahora, siglos después, lo único que quedaba de aquella muchacha sin nombre se conservaba en una caja de cartón en un laboratorio.

Devolví la caja a la vitrina de acero con el resto. Entré en mi despacho mientras me masajeaba el cuello para aliviar la rigidez, y encendí el ordenador. Experimenté la sensación pavloviana de anticipación a medida que los correos electrónicos se descargaban. Como de costumbre, la sensación se vio reemplazada por un sentimiento de decepción. Los mensajes solo contenían las nimiedades cotidianas de la vida académica: consultas de estudiantes, circulares de colegas y alguna que otra muestra de propaganda que el filtro de correo no deseado no había logrado captar. Nada más.

Todos los días lo mismo, desde hacía meses.

Uno de los correos era del profesor Harris, el nuevo jefe del departamento de antropología, recordándome que debía programar una reunión con su secretaria. «Para hablar de las opciones relacionadas con su puesto actual», tal como expresaba con de-

licadeza. Me dio un vuelco el corazón cuando lo leí, pero no era ninguna sorpresa. Además, aquel era un problema para la semana siguiente de todos modos. Apagué el ordenador, colgué la bata de laboratorio y me puse la chaqueta. Al salir, me crucé con una alumna de posgrado.

–Buenas noches, doctor Hunter. Que pase un feliz puente –dijo.

–Gracias, Jamila, igualmente.

La perspectiva del largo fin de semana festivo hizo decaer aún más mi estado de ánimo. Había aceptado de forma insensata una invitación para pasarlo con unos amigos en su casa de los Cotswolds. Y había confirmado mi asistencia varias semanas antes, cuando la fecha parecía lo bastante lejana para que no supusiese ningún motivo de preocupación. Ahora, llegado el día, me sentía menos optimista, sobre todo porque habría muchos otros invitados a los que yo no conocía.

«Ahora ya es demasiado tarde.» Subí al coche, deslicé mi pase por el escáner y esperé a que se levantara la barrera del aparcamiento. Sabía que era una estupidez ir en coche a la universidad todos los días, lidiar con el tráfico de Londres y con las tasas de acceso al centro en lugar de trasladarme en metro, pero era difícil romper con el hábito. Como asesor de la policía, me había acostumbrado a que me llamaran para que acudiera a distintas partes del país cuando encontraban un cadáver, a menudo con poco tiempo de antelación. Para mí tenía sentido poder partir de inmediato con el automóvil, pero eso era antes de que me pusieran en la lista negra extraoficial. Ahora, llevar el coche al trabajo empezaba a parecer cada vez menos una rutina necesaria y más un reflejo de las ganas y la ilusión de que volvieran a requerir mis servicios.

De camino a casa, me detuve en un supermercado para comprar el tipo de cosas que recordaba que un invitado solía llevar a la casa de sus anfitriones. No iba a salir hasta la mañana siguiente, así que también necesitaba algo para cenar esa noche, y me paseé por los pasillos revisando las estanterías sin ningún entusiasmo. Hacía unos días que no me encontraba demasiado bien, pero lo achacaba al aburrimiento y la apatía. Cuando me di cuenta de que estaba buscando algo en la sección de comida preparada, mentalmente me di una bofetada y pasé de largo.

Ese año la primavera se estaba haciendo de rogar; estábamos bien entrado el mes de abril, y los vientos invernales y las lluvias persistían. Los cielos nublados no contribuían a alargar los días, y ya estaba oscureciendo cuando llegué a la calle donde vivía. Encontré un sitio para aparcar y llevé las bolsas de la compra a mi apartamento. Ocupaba la planta baja de una casa victoriana de gran tamaño, con un pequeño vestíbulo en la entrada compartido con el piso de arriba. Cuando me aproximé, vi que había un hombre vestido con un mono trabajando en la puerta principal.

–Buenas tardes, jefe –me saludó alegremente.

En la mano sujetaba un nivel, y había varias herramientas des-parramadas en la bolsa abierta a sus pies.

–¿Qué pasa? –pregunté al fijarme en la madera descascarillada que rodeaba la cerradura y las virutas de madera desperdigadas por el suelo.

–¿Vive aquí? Alguien ha intentado entrar. Su vecina nos llamó para reparar la cerradura. –Sopló para eliminar el serrín del borde de la puerta y volvió a colocar el nivel encima–. En este vecindario no es muy recomendable olvidar cerrar la puerta con llave.

Pasé por encima de su bolsa de herramientas y fui a hablar con mi vecina. Solo llevaba unas pocas semanas viviendo en el piso de arriba, una mujer de nacionalidad rusa y extravagantemente atractiva que, según había podido averiguar, trabajaba como agente de viajes. Apenas habíamos intercambiado las cortesías habituales propias de buenos vecinos y no me invitó a pasar.

–Estaba rota cuando llegué a casa –me explicó. Desprendió una oleada de perfume almizclado cuando sacudió la cabeza con gesto airado–. Seguro que habrá sido algún drogadicto al intentar entrar en el edificio. Roban todo lo que pillan.

Aquel no era exactamente un barrio de clase alta, pero no tenía más problemas de drogas que cualquier otra zona de la ciudad.

–¿La puerta principal estaba abierta?

Yo ya había ido a comprobar la entrada de mi propio apartamento, pero la puerta estaba intacta; no había ninguna señal que indicase que alguien hubiese intentado forzarla. Mi vecina volvió a sacudir la cabeza, dejando que la espesa melena oscura cayera en cascada sobre sus hombros.

–No, solo rota. Ese desgraciado debió de asustarse o tal vez se dio por vencido.

–¿Llamó a la policía?

–¿Policía? –Lanzó un bufido de desdén–. Sí, pero a ellos les trae al fresco. Toman huellas dactilares, se encogen de hombros, se van. Mejor una cerradura nueva. Más resistente esta vez.

Parecía como si lo dijese con segundas, como si los defectos de la antigua cerradura fueran culpa mía. El cerrajero ya estaba terminando cuando bajé las escaleras.

–Ya está hecho, jefe. Necesitará una nueva capa de pintura para que la madera no se hinche cuando llueva. –Arqueó las cejas, sosteniendo dos juegos de llaves–. Bueno, ¿quién quiere la factura?

Volví a mirar hacia arriba, a la puerta de mi vecina. Siguió cerrada. Suspiré.

–¿Acepta cheques?

Cuando el cerrajero se hubo marchado, busqué una escoba y un recogedor para barrer el serrín del pasillo. Una gruesa viruta de madera se había quedado incrustada en una esquina. Me agaché para recogerla y, cuando vi mi mano recortada sobre las baldosas blancas y negras, experimenté una vertiginosa sensación de *déjà vu*. «Tendido en el pasillo, con un cuchillo clavado obsesivamente en el estómago, la sangre extendiéndose por el ajetreado del suelo...»

El momento fue tan vívido que me dejó sin aliento. Me puse en pie, con el corazón latiéndome acelerado mientras me obligaba a mí mismo a respirar profundamente. Pero el momento ya había pasado. Abrí la puerta de entrada para que entrara el aire fresco de la noche. Dios... ¿De dónde procedía esa imagen? Hacía mucho tiempo del último *flashback* de la agresión, y este había salido de la nada. Ya apenas recordaba el ataque siquiera. Había hecho todo lo posible por dejar eso atrás, y aunque las cicatrices físicas seguían ahí, creía que las heridas psicológicas se habían curado.

Pero, evidentemente, no era así.

Me recobré, vacié el serrín en el contenedor de basura y regresé a mi apartamento. El espacio familiar estaba tal y como lo había dejado esa misma mañana: unos muebles anodinos en un

salón de tamaño bastante decente, con una cocina y un pequeño jardín privado en la parte de atrás. Era un lugar perfectamente razonable para vivir, pero ahora, con el recuerdo del pasado aún fresco en mi mente, me di cuenta de lo escasos que eran los recuerdos felices que tenía de aquel lugar. Al igual que ir en coche al trabajo, lo único que me retenía en aquel apartamento era la costumbre.

Tal vez había llegado la hora de hacer algún cambio.

Embargado por el desánimo, saqué la compra de las bolsas y luego abrí la nevera para coger una cerveza. El hecho era que estaba estancado; y el cambio se iba a producir, lo quisiera o no. Aunque tenía un contrato con la universidad, la mayor parte de mi trabajo consistía en labores de asesoría policial. Como antropólogo forense, me llamaban cuando se localizaban restos humanos demasiado descompuestos o degradados para que los analizara un patólogo. Era un campo altamente especializado, poblado, en su mayor parte, por expertos *freelance* como yo, que ayudaban a la policía a identificar restos cadavéricos y que proporcionaban la mayor cantidad de información posible sobre el cuándo y el cómo del fallecimiento. Con el tiempo, me había acostumbrado a mantener una estrecha relación con la muerte en todo su exceso sangriento, y dominaba a la perfección el idioma de los huesos, la putrefacción y la descomposición. Según los estándares de la mayoría de la gente, era un trabajo espantoso, y había veces en que a mí mismo me costaba un gran esfuerzo llevarlo a cabo. Unos años atrás había perdido a mi esposa y a mi hija en un accidente de coche, sus vidas se apagaron en un instante por culpa de un conductor ebrio que había resultado ileso. Atormentado por lo que les había sucedido, abandoné mi trabajo y retomé mi carrera como médico de atención primaria para ocuparme de los problemas de los vivos más que de los muertos. Me refugié en una pequeña localidad de Norfolk, tratando de escapar de cualquier conexión con mi vida anterior y con los recuerdos que la acompañaban.

Sin embargo, el intento no había durado demasiado. Las crueldades de la muerte y sus consecuencias habían acabado por encontrarme pese a todo, y había estado a punto de perder a otra persona a la que quería antes de aceptar que no podía huir de

quién era yo: para bien o para mal, aquel era mi trabajo y mi vocación, eso era lo que hacía. Lo que se me daba bien hacer.

O al menos así había sido. El otoño anterior había participado en una investigación envuelta en un halo de brutalidad en la zona de Dartmoor. Como resultado, murieron dos miembros del cuerpo de policía y un oficial superior se vio obligado a dimitir de su cargo. Si bien no había sido culpa mía, lo cierto es que fui un catalizador involuntario del escándalo resultante, y a nadie le gusta tener cerca a un polémico agitador. Y menos que a nadie, a la policía.

Y de pronto, el trabajo como asesor se había acabado.

De manera inevitable, aquello también tuvo repercusiones en mi trabajo en la universidad. Técnicamente, solo era un profesor asociado con contrato renovable que no ocupaba una plaza fija. Aquel acuerdo me daba la libertad de continuar con mi trabajo de asesoría policial y permitía que el departamento se beneficiara por asociación. Sin embargo, un asociado que colaboraba en importantes investigaciones de asesinatos mediáticos era muy distinto de ser alguien que de repente se convertía en *persona non grata* para todas las fuerzas policiales del país. Solo me quedaban unas pocas semanas para la renovación del contrato, y el nuevo jefe de antropología ya había dado señales más que evidentes de que el departamento no cargaría en su seno con ningún peso muerto.

Estaba claro que así era como me veía él.

Con un suspiro, me desplomé en un sillón y tomé un trago de cerveza. Lo último que me apetecía era ir de fin de semana a una fiesta en una casa, pero Jason y Anja eran viejos amigos. Conocía a Jason desde los años en la Facultad de Medicina y había conocido a mi mujer en una de sus fiestas. Junto con todo lo demás, había descuidado aquella amistad cuando me fui de Londres después de la muerte de Kara y Alice, y no había vuelto a recuperarla del todo desde mi vuelta.

Pero Jason me había llamado justo antes de Navidad, después de ver mi nombre en las noticias sobre la turbia y polémica investigación de Dartmoor. Había quedado con ellos dos varias veces desde entonces, y había experimentado un gran alivio al no sentir la incomodidad que esperaba. Se habían mudado desde que perdimos el contacto, por lo que al menos me ahorraría los re-

cuerdos agridulces que me habría evocado su antigua vivienda. Ahora vivían en una casa escandalosamente cara en Belsize Park, y tenían una segunda residencia en los Cotswolds.

Ahí era a donde iba a ir en coche al día siguiente. No fue hasta después de haber aceptado la invitación cuando supe que tenía trampa.

—Hemos invitado a más gente —me dijo Jason—. Y hay alguien a quien Anja quiere que conozcas. Es una abogada criminalista, así que seguro que tenéis mucho en común. Cosas de la policía y todo eso. Además, está soltera. Bueno, divorciada, pero es lo mismo.

—¿Así que de eso se trata? ¿Estás intentando emparejarme con alguien?

—Yo no, Anja —aclaró con exagerada paciencia—. Vamos, no te va a pasar nada por conocer a una mujer atractiva, ¿verdad? Si os caéis bien, genial, y si no, ¿qué hay de malo? Tú ven y a ver cómo va...

Finalmente, cedí. Sabía que la intención, por parte de él y de Anja, era buena, y tampoco es que mi agenda social estuviera llena precisamente. En ese momento, sin embargo, la perspectiva de pasar un fin de semana largo con extraños me parecía una idea terrible. «Pero ahora ya no puedo echarme atrás. Será mejor intentar pasarlo lo mejor posible.»

Con cansancio, me levanté y empecé a prepararme la cena. Cuando sonó el teléfono, creía que sería Jason, que llamaba para comprobar que no me había echado atrás. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de inventarme alguna excusa de última hora, hasta que vi que el número en la pantalla de la persona que telefonaba era un número oculto. A punto estuve de no responder, pensando que debía de ser una llamada de *telemarketing*, pero las viejas costumbres acabaron por imponerse y contesté de todos modos.

—¿Puedo hablar con el doctor Hunter?

Era una voz masculina, y sonaba demasiado mayor para tratarse de algún teleoperador.

—Al habla. ¿Quién es?

—Soy el inspector Bob Lundy, del departamento de policía de Essex. —Su tono de voz era sosegado, casi pausado, con un ligero

acento del norte. De Lancashire, tal vez—. ¿Le pilló en un mal momento?

—No, en absoluto.

Dejé la cerveza y me olvidé de la comida.

—Le ruego que me disculpe por molestarle en fin de semana, pero el inspector jefe Andy Mackenzie me ha dado su nombre. Trabajó con él en una investigación de asesinato hace un tiempo, ¿no es cierto?

Su tono convertía la frase en una pregunta, pero yo recordaba a Mackenzie perfectamente. Había sido el primer caso en el que había participado después de perder a mi familia, y oír su nombre poco después de haber estado rememorando esa época de mi vida parecía extrañamente oportuno. En aquel entonces solo era inspector de policía, y no siempre había sido una relación fácil, más por mi culpa que por la suya, así que agradecía el hecho de que le hubiese hablado a alguien de mí.

—Así es —dije tratando de no albergar demasiadas esperanzas—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Nos han informado de que se ha localizado un cadáver en el estuario de Saltmere, a unos pocos kilómetros de la costa de la isla de Mersea. Esta noche no podemos hacer mucho, pero habrá marea baja en cuanto amanezca. Sabemos casi con absoluta certeza dónde podrá ir a parar, de modo que realizaremos un rastreo y una operación de rescate del cadáver tan pronto como la luz lo permita. Soy consciente de que le aviso con poco tiempo de antelación, pero ¿podría reunirse con nosotros mañana a primera hora de la mañana?

En ese instante, la fiesta de Jason y Anja destelló en mi mente, pero solo fue un segundo. Sabía que lo entenderían.

—¿Quieren que esté presente en el momento del rescate del cadáver?

Ya había trabajado otras veces en muertes por ahogamiento, pero normalmente me llamaban una vez se había recuperado el cuerpo del agua. Por lo general, un antropólogo forense solo era necesario si se trataba de los restos de un esqueleto o si el cadáver estaba en avanzado estado de descomposición. Si se trataba de un ahogamiento reciente y el cuerpo todavía estaba en buenas condiciones, mi presencia carecería de sentido, y tampoco sería

la primera falsa alarma por culpa de alguna bolsa de plástico o un fardo de ropa a la deriva.

–Si puede, sí, sería estupendo –dijo Lundy–. Los dueños de un velero de recreo vieron el cuerpo esta tarde. Su intención era subirlo a bordo hasta que estuvieron lo suficientemente cerca como para olerlo y cambiaron de idea.

Mejor así. Si el cadáver había empezado a oler, era señal de que se había iniciado el proceso de descomposición. Subirlo a un barco probablemente lo habría deteriorado aún más, y aunque era posible distinguir las lesiones *post mortem* de las causadas antes de la muerte, era mejor evitarlas.

–¿Alguna idea de quién podría ser? –pregunté mientras buscaba boli y papel.

–Hace unas seis semanas desapareció un hombre de la localidad –me explicó Lundy, y si hubiera prestado un poco más de atención habría sabido interpretar mejor aquellos segundos de vacilación–. Creemos que probablemente se trate de él.

–Seis semanas es mucho tiempo para que un cuerpo se desplace en un estuario sin que nadie lo encuentre –señalé.

Con razón los ocupantes del velero habían percibido el olor... No era extraño que unos restos humanos permanecieran flotando semanas o incluso meses, pero eso normalmente ocurría en aguas más profundas o en mar abierto. En un estuario, donde el cuerpo quedaría varado y expuesto por la marea baja dos veces al día, lo normal habría sido que alguien lo hubiese visto antes.

–Pues no es el caso –contestó Lundy–. Últimamente no hay muchas embarcaciones en el estuario, y nutre sus aguas un laberinto de arroyos y marismas. El cadáver podría llevar semanas flotando en la zona.

Traté de hacer un garabato en la libreta para comprobar si el bolígrafo escribía o no.

–En cuanto al hombre desaparecido..., ¿algo sospechoso en cuanto a su desaparición?

El inspector dudó de nuevo antes de contestar.

–No tenemos ningún motivo para pensar que hubiera alguien involucrado en su desaparición.

Solté el bolígrafo al reparar en la precaución del policía. Si no había nadie involucrado eso solo dejaba la opción de muerte por

causas naturales, por accidente o suicidio, y el tono y la actitud de Lundy sugerían que no se trataba de ninguna de las dos primeras opciones. Aun así, eso no explicaba a qué obedecía tanta cautela.

—¿Hay algún aspecto delicado en este asunto? —pregunté.

—Yo no lo llamaría «delicado», exactamente. —Lundy hablaba como quien mide muy bien sus palabras—. Digamos que estamos bajo presión para averiguar si, efectivamente, es quien nosotros creemos que es. Mañana le contaré más detalles. Nuestro punto de reunión está en un antiguo criadero de ostras, pero tal vez le sea difícil de encontrar. Le enviaré las instrucciones por correo electrónico, pero tendrá que salir con tiempo para llegar allí. Los navegadores no son muy útiles en ese rincón perdido del mundo.

Cuando el inspector puso fin a la llamada, me quedé mirando al vacío. Era evidente que en aquel asunto había mucho más de lo que el policía había dejado entrever por teléfono, aunque no me imaginaba de qué podía tratarse. Un suicidio acostumbra a requerir un enfoque discreto, en especial en relación con la familia. Pero los agentes de policía no solían ser tan considerados.

El caso es que pronto lo descubriría. Y también por qué querían que estuviese presente en el momento de la recuperación del cuerpo. Incluso si tenían razón y el cadáver llevaba semanas en el estuario, la policía no tenía por norma requerir los servicios de un antropólogo forense para sacarlo del agua. Por lo general, su colaboración no era necesaria hasta que los restos llegaban a la morgue.

Sin embargo, no pensaba discutir por eso. Aquel era el primer trabajo de consultoría que me ofrecían en una larga temporada y, con suerte, una señal de que la actitud oficial hacia mi persona había iniciado una etapa de deshielo. «Por favor, Dios, que sea así...» De repente, incluso la idea de ir a cenar y pasar el fin de semana en casa de Jason y Anja ya no me parecía tan mala. Sí, tendría que desviarme y tardaría más tiempo en llegar a los Cotswolds, pero el rescate del cadáver no me ocuparía todo el día. Mis amigos entenderían que llegara tarde a la cita.

Sintiéndome más animado de lo que había estado en meses, me dispuse a preparar la maleta para el fin de semana.

2

Aún estaba oscuro a la mañana siguiente, cuando salí de casa. Ya había tráfico incluso a esa hora, tan temprana, cuando los faros de los camiones y de los trabajadores más madrugadores serpenteaban por la carretera. Sin embargo, fueron escaseando cada vez más cuando salí de Londres y me dirigí al este. Muy pronto, las carreteras dejaron de estar iluminadas mientras las estrellas irradiaban una luz más intensa cuando los barrios de las afueras, densamente poblados, quedaron atrás. El débil resplandor del navegador daba una falsa sensación de calor, pero a esa hora de la mañana aún hacía falta encender la calefacción. Había sido un invierno largo y frío, y a pesar de la fecha que marcaba el calendario, la primavera prometida no era más que un simple tecnicismo.

Me había despertado con el cuerpo dolorido, sintiéndome un poco torpe. Lo habría achacado a una miserable resaca si hubiese tomado más de una cerveza la noche anterior, pero lo cierto es que me sentí mejor después de una ducha caliente y un desayuno rápido, demasiado absorto en el día que tenía por delante para preocuparme por cualquier otra cosa.

Las carreteras de primera hora de la mañana estaban muy tranquilas. Las marismas costeras de Essex no se encontraban demasiado lejos de Londres; ciudades y paisajes de campos planos y bajos que libraban una batalla perpetua con el mar, en la que a menudo salían derrotados. Sin embargo, yo no estaba familiarizado con aquel tramo de la costa sudeste del país y, en las instrucciones que me había enviado por correo electrónico, Lundy me había insistido en que saliera con mucha antelación. Pensé que exageraba hasta que busqué en internet mapas del estuario de Saltmere. El «laberinto de arroyos y marismas» que había mencionado el inspector era un área llamada las Backwaters, un

dédalo de canales y zanjas a merced de las mareas que bordeaba uno de los lados del estuario. En las fotografías por satélite se asemejaba a los vasos capilares que nutren a una arteria, y la mayoría de ellos solo eran accesibles por barco, aunque tampoco durante la marea baja, cuando se secaba y se convertía en una árida llanura de humedales. La ruta que tenía planeado seguir solo bordeaba sus orillas, pero aun así las carreteras parecían pequeñas y tortuosas.

El brillo del navegador se atenuaba a medida que el cielo que tenía justo enfrente continuaba iluminándose. A un lado, la silueta de las refinerías de la isla de Canvey se recortaba contra ese mismo cielo, unas formas fractales negras con destellos de luces. Ya había más coches en la carretera, pero entonces tomé una vía secundaria y el tráfico menguó. No tardé en estar solo de nuevo mientras conducía en dirección a un amanecer nublado.

Apagué el GPS poco después, y decidí confiar únicamente en las instrucciones de Lundy. A mi alrededor, el paisaje era plano como una sábana, salpicado de espesuras de espino con alguna que otra casa o granero ocasionales. Las instrucciones del inspector me guiaron a través de un pueblo pequeño de aspecto deprimente llamado Cruckhaven, en las inmediaciones del cuello del estuario. Pasé junto a casas con la fachada de guijarros y también al lado de construcciones de piedra hasta llegar a un paseo marítimo y al puerto, donde algunos barcos arrastreros con el casco sucio y otros navíos de pesca yacían desplomados de costado sobre el barro, esperando que la marea regresara para devolverles su dignidad y su razón de ser.

El pueblo tenía un aire muy desangelado, así que no lamenté dejarlo atrás. La carretera proseguía bordeando el estuario, con el asfalto erosionado en los lugares donde la marea había desbordado las orillas. Y hacía poco de eso, además, según todos los indicios. Había sido otro invierno malo por culpa de las inundaciones, pero, absorto en mis propios problemas en Londres, no había prestado mucha atención a las noticias sobre las tormentas en la costa. A juzgar por la acumulación de algas en la calzada y los campos circundantes, allí sería más difícil ignorar esas noticias: el calentamiento global era algo más que un debate académico cuando se estaba tan expuesto a sus consecuencias.

Seguí la carretera hacia la desembocadura del estuario. Con la marea baja, lo único que quedaba era una llanura de fango salpicada de charcos y regueros de agua. Empecé a preguntarme si no me habría pasado algún desvío cuando, un poco más adelante, en la costa, vi una hilera de edificios bajos. Había varios vehículos de la policía aparcados fuera y, por si me quedaba alguna duda, un poco más allá, el letrero de madera lo confirmaba: SALTMERE OYSTER CO.

Había un agente de policía custodiando el recinto, y habló con alguien por radio antes de dejarme pasar. Detuve el coche en un trozo de asfalto agrietado, junto a los demás vehículos y a un furgón policial, aparcados detrás de los desvencijados cobertizos de los pescadores de ostras. Cuando me bajé del coche, con los músculos entumecidos por el trayecto y el calor de la calefacción, el frío de la mañana me resultó tan vivificante como una ducha. El aire arrastraba consigo el chillido agónico de las gaviotas, además del olor a algas podridas y el aroma salado y terroso del lecho marino expuesto a la intemperie. Respiré profundamente mientras contemplaba el paisaje de la marea. En el estuario drenado, parecía como si un gigante hubiera arrancado con una pala un enorme pedazo del suelo, dejando únicamente una llanura de fango jalonada de charcos estancados. La escena recordaba a la desolación de los paisajes lunares, pero la marea ya había emprendido su regreso: ya se veían los riachuelos de agua serpenteando por los canales cincelados en el fondo del estuario, inundándolos a ojos vistas, en ese preciso instante, mientras los miraba.

Un cambio en el viento trajo el rumor rítmico de un helicóptero de la policía o de los guardacostas y vi, a lo lejos, su figura en forma de mancha, rastreando la superficie del agua. Aprovecharía la luz del día y la marea baja para realizar un barrido visual del estuario. En el agua, un cadáver no emitiría el calor suficiente para ser detectado por los rayos infrarrojos y sería difícil detectarlo desde el aire, especialmente si el cuerpo se desplazaba bajo la superficie. No habría mucho tiempo para encontrar los restos antes de que volviera la marea y se los llevara de nuevo.

«Pues entonces no te quedes ahí parado como un pasmarote», pensé. Una de las agentes del furgón me dijo que el inspector Lundy estaba en el embarcadero. Rodeé los cobertizos cerrados

y me dirigí a la parte delantera. El casco tubular de una lancha semirrígida policial estaba en un remolque en la parte superior de una rampa de cemento, y fue entonces cuando entendí por qué se estaban efectuando las labores de búsqueda desde allí. La rampa se hundía en dirección a un canal profundo en el barro que había delante del embarcadero. Cuando subiera la marea, el agua lo llenaría primero, lo que permitiría lanzar la lancha sin esperar a que el estuario se inundara por completo. El nivel del agua aún no estaba suficientemente alto, pero a juzgar por los remolinos y las turbulencias que encrespaban su superficie no tardaría mucho.

Había un grupo de hombres y mujeres junto a la lancha, hablando en voz baja mientras sujetaban vasos de plástico humeantes en la mano. Algunos iban vestidos con ropa de aspecto paramilitar, pantalones y camisas azul marino bajo unos voluminosos chalecos salvavidas que los identificaban como miembros de una unidad de la marina, pero los demás vestían de civiles.

–Busco al inspector Lundy –dije.

–Soy yo –respondió uno de los miembros del grupo, volviéndose hacia mí–. Es usted el doctor Hunter, ¿verdad?

Es difícil imaginar el aspecto de alguien por su voz, pero lo cierto es que Lundy coincidía a la perfección con la imagen que me había hecho de él. Debía de tener cincuenta y pocos años, y tenía el físico de un boxeador envejecido que había empezado a engordar: ya no estaba en forma, pero el cuerpo grande y robusto y los músculos seguían allí. Un bigote recio y abundante le confería el aspecto de una simpática morsa, mientras que detrás de las gafas con montura metálica la cara redonda le daba un aire afable y lúgubre al mismo tiempo.

–Ha llegado temprano. ¿Ha tenido problemas para encontrarlos? –preguntó a la vez que me estrechaba la mano.

–Me alegré de que me enviara las indicaciones –admití–. Tenía razón con lo del navegador...

–No llaman a este sitio las Backwaters porque sí... Verdaderamente, es un lugar dejado de la mano de Dios. Vamos, le daremos una taza de té.

Creí que iríamos al furgón, pero Lundy me llevó detrás de los cobertizos hasta su coche, un Vauxhall lleno de abolladuras que

parecía tan resistente como su dueño. Abrió el maletero, sacó un termo grande y vertió un té humeante en dos vasos de plástico.

–Es mejor que lo que tienen ahí dentro en el furgón, créame –dijo mientras volvía a enroscar la tapa del termo–. A menos que no tome azúcar... Yo soy más bien de dulce.

Yo lo tomaba sin azúcar, pero agradecí el líquido caliente de todos modos. Además, estaba ansioso por saber más detalles sobre el caso.

–¿Ha habido suerte? –pregunté soplando para enfriar el té.

–Todavía no, pero el helicóptero lleva en el aire desde el amanecer. La oficial al frente de la investigación, la inspectora Pam Clarke, viene de camino con el patólogo, pero tenemos autorización para sacar el cuerpo en cuanto lo encontremos.

Me preguntaba dónde se habrían metido: el oficial superior a cargo de una investigación y el patólogo siempre estaban presentes en el momento de recuperar los restos y trasladarlos a tierra, ya que el lugar donde habían sido hallados podía ser una potencial escena del crimen y había que tratarla como tal. Sin embargo, eso no siempre resultaba práctico en los rescates de cadáveres en el mar, donde la operación quedaba a merced absoluta de las mareas y las corrientes. La prioridad en situaciones como aquella solía ser recuperar los restos lo antes posible.

–Dijo usted que tenían una idea bastante precisa de dónde podría estar localizado el cadáver, ¿verdad? –pregunté.

–Creemos que sí. Lo avistaron en el estuario alrededor de las cinco de la tarde de ayer. Seguramente la bajamar habría arrastrado el cuerpo a lo largo de bastantes metros. Si ha llegado al mar, lo único que hacemos es perder el tiempo, pero tenemos el convencimiento de que habrá embarrancado antes. ¿Ve aquello de allí?

Dirigió un dedo grueso hacia la desembocadura del estuario, a poco menos de dos kilómetros de distancia. Distinguí una serie de promontorios alargados que surgían del lecho de fango en forma de colinas bajas y de color pardo.

–Son los Barrows –continuó Lundy–. Son bancos de arena que se extienden a lo largo del estuario. Toda la zona se ha estado encenagando desde que instalaron las defensas marinas más arriba, en la costa. Han alterado tanto las corrientes que ahora toda

la arena arrastrada se acumula ante nuestra puerta: solo pueden entrar y salir los barcos de poco calado, incluso con la marea alta, así que hay muchas posibilidades de que el cadáver tampoco haya podido superar los escollos de los bancos.

Escruté los bancos de arena, a lo lejos.

—¿Cuál es el plan para recuperarlo?

Supuse que era ahí donde entraba yo en escena, para aconsejar sobre cómo manipular los restos sin dañarlos si la descomposición estaba ya muy avanzada. Seguía sin entender que mis servicios fuesen a ser absolutamente necesarios, pero no se me ocurría a qué otra razón obedecía mi presencia allí. Lundy sopló con delicadeza su té humeante.

—Va a ser una tarea compleja, veremos qué pasa en cuanto sepamos dónde se halla el cuerpo. Si está en los Barrows, no podremos subirlo hasta el helicóptero, porque los bancos de arena son demasiado blandos para aterrizar y el riesgo de bajar a alguien y que se quede atrapado allí es demasiado alto. Por mar es la mejor opción, así que no tenemos más remedio que esperar que podamos salir a rescatarlo antes de que la marea se lo lleve. —Sonrió—. Espero que se haya traído las botas de agua.

Había hecho algo mejor que eso, me había llevado las botas altas de pesca, consciente, por experiencias previas, de cómo podían llegar a ser los rescates de cadáveres en el agua. Por lo que había visto de momento, aquella tenía todos los números para ser la peor de todas.

—¿Dijo que tenían una idea más o menos certera de quién podría ser?

Lundy bebió un sorbo de té y se secó el bigote.

—Así es. Hace un mes desapareció un hombre de treinta y un años llamado Leo Villiers. Su padre es sir Stephen Villiers, no sé si le suena...

El tono de la frase era interrogativo, pero aquel nombre no significaba nada para mí. Negué con la cabeza.

—No he oído hablar de él.

—Bueno, la familia es muy conocida por aquí. ¿Ve toda esa tierra de allí? —Señaló hacia el otro lado del estuario. El terreno parecía ligeramente más elevado que donde estábamos, y en lugar de marismas y canales había campos de cultivo claramente

delimitados por líneas oscuras de setos—. Esa es la finca Villiers, o al menos una parte de ella. Poseen muchas tierras a este lado también. Se dedican a la agricultura, pero sir Stephen está metido en otros muchos sectores. Petróleo de esquisto, industrias... Estos cobertizos y las bateas de ostras también son de su propiedad. Compró la granja de ostras hace una década y luego la cerró, seis meses después. Despidió a todo el mundo.

—Pues no sé si eso sentaría demasiado bien por aquí...

Empezaba a entender de dónde provenía la presión que Lundy había mencionado por teléfono.

—No sentó tan mal como cabría esperar. El plan es convertirlo en un puerto deportivo. Se habla de dragar canales en el estuario, de construir un hotel y transformar toda esta zona. El proyecto significaría cientos de puestos de trabajo local, así que eso apaciguó los ánimos por el cierre de la granja de ostras. Pero hay una fuerte oposición por parte de los ecologistas, así que mientras siguen las discusiones sobre los planes de futuro, lo ha paralizado todo. Puede permitirse el lujo de esperar y pensar a largo plazo y, al final, lo cierto es que cuenta con suficiente poder político para ganar.

Esa clase de gente solía tenerlo. Miré el lecho de barro del estuario, donde la marea empezaba a subir.

—¿Y qué tiene que ver su hijo con todo esto?

—Nada. Al menos no directamente. Leo Villiers era lo que se dice la oveja negra de la familia. Hijo único, su madre murió cuando apenas era un niño. Lo expulsaron de la escuela militar privada y luego abandonó los estudios universitarios para ingresar en el cuerpo de entrenamiento de oficiales en el último curso. Su padre logró inscribirlo en la Real Academia Militar pero no llegó a graduarse. No hay ninguna razón oficial, por lo que, al parecer, debió de meterse en algún lío y su padre tuvo que tirar de algunos hilos para sacarlo. Después de eso, protagonizó un escándalo detrás de otro. Su madre le dejó un fondo fiduciario, por lo que no necesitaba trabajar, y parecía disfrutar con su vida disoluta. El típico donjuán guaperas, con las mujeres era como poner a un zorro a vigilar las gallinas, pero muy desagradable. Rompió un par de compromisos y se metió en todo tipo de problemas, desde conducir bajo los efectos del alcohol hasta agre-

sión con agravantes. Para su padre siempre ha sido muy importante proteger el apellido Villiers, por lo que a los abogados de la familia se les acumulaba el trabajo. Pero ni siquiera sir Stephen podía encubrirlo todo. –Lundy me lanzó una mirada llena de inquietud–. Naturalmente, todo esto que le cuento es *off the record*.

Intenté no sonreír.

–No diré una sola palabra.

Él asintió satisfecho.

–Bueno, para abreviar, durante un tiempo pareció que se había calmado. Su padre al menos debió de creerlo así, porque intentó meterlo en política. Había rumores de que se iba a presentar como diputado del Parlamento por la circunscripción local, hizo entrevistas en prensa... Toda la parafernalia habitual. Entonces, de repente, todo se paró. El partido local encontró a otro candidato y Leo Villiers desapareció de la vida pública. Todavía no hemos podido averiguar por qué.

–¿Y fue entonces cuando desapareció?

Lundy negó con la cabeza.

–No, eso fue bastante antes. Pero desapareció otra persona. Una mujer de por aquí con la que había tenido una aventura.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no había sabido interpretar lo que pasaba allí: no se trataba solo de localizar a un hombre desaparecido. Había dado por sentado que Leo Villiers era la víctima, pero estaba equivocado.

Él era el sospechoso.

–Esto es estrictamente confidencial –dijo Lundy bajando la voz a pesar de que no había nadie cerca que pudiera oírlo–. No tiene ninguna relación directa con lo de hoy, pero más vale que le ponga en antecedentes.

–¿Cree que Leo Villiers mató a la mujer?

El inspector se encogió de hombros.

–Nunca encontramos su cuerpo, así que no pudimos probar nada, pero él era el único sospechoso. Ella era fotógrafa, se vino a vivir aquí desde Londres hace dos o tres años, cuando se casó. Emma Derby: una mujer glamurosa, muy atractiva. No era la clase de mujer que uno esperaría encontrar en un sitio como este. Villiers la contrató para que hiciera sus fotografías publicitarias

para la campaña cuando parecía que iba a meterse en política, y luego le encargó algún trabajo de diseño de interiores para su casa. Resulta que ese no fue el único «trabajo» que hizo, porque tanto la asistenta como el jardinero afirmaron haber visto a una mujer semidesnuda que encaja con la descripción de Derby en el dormitorio de Villiers.

Frunciendo la boca con una mueca de desaprobación, Lundy se palpó los bolsillos y sacó un paquete de antiácidos. Extrajo un par de pastillas del blíster.

–Pero al parecer se pelearon –dijo, masticando las tabletas–. Tenemos varios testigos que la oyeron gritar y llamarlo «capullo arrogante» en alguna gala política de alto copete poco antes de desaparecer.

–¿Lo interrogaron?

–No sirvió de nada. Negó haber tenido un lío con ella, alegó que ella se le había insinuado, pero que él la había rechazado. Algo difícil de creer dado su historial, sobre todo teniendo en cuenta que no tenía coartada para el día de la desaparición. Aseguró que ese día se había ido de viaje, pero no dijo adónde ni ofreció ninguna forma de corroborarlo. Era evidente que ocultaba algo, pero los abogados de la familia nos pusieron toda clase de obstáculos e impedimentos. Amenazaron con demandarnos por acoso solo por mirarlo con recelo, y sin cadáver ni pruebas de ningún tipo, no había mucho que pudiéramos hacer. Peinamos el área donde vivían Emma Derby y su esposo, pero es una zona fundamentalmente de marismas y humedales a la que no se puede acceder a pie. El lugar ideal para deshacerse de un cadáver. Las labores de búsqueda eran un infierno, por lo que encontrar algo allí suponía todo un reto. Y, entonces, Leo Villiers desapareció también, así que, básicamente, eso fue todo.

Pensé en lo que Lundy había dicho por teléfono la noche anterior.

–Dijo que su desaparición no era sospechosa, pero alguien como él debía de tener enemigos. ¿Qué hay del marido de Emma Derby?

–Lo investigamos a conciencia. Una pareja bastante extraña, la verdad sea dicha. Él es bastante mayor que ella, y no era ningún secreto que tenían problemas antes incluso de que ella se

liase con Villiers. Sin embargo, él estaba fuera del país cuando su esposa desapareció y luego, cuando fue Leo quien desapareció, se encontraba en Escocia. Comprobamos sus coartadas en ambas ocasiones. –Las comisuras de la boca de Lundy se torcieron hacia abajo–. Tiene razón sobre el hecho de que Villiers tenía enemigos, y me atrevería a decir que no va a haber mucha gente derramando lágrimas por él, pero no hay nada que sugiera que alguno de ellos estuviera involucrado en su desaparición, ni tampoco nada sospechoso. En un informe se mencionaba que el jardinero echó a un intruso de las inmediaciones de la casa no mucho antes de la desaparición, pero lo más probable es que se tratara de adolescentes del lugar.

Miré más allá de los cobertizos, hacia donde el lecho de fango del estuario desaparecía bajo el agua, cuya marea empezaba a ascender.

–Entonces ¿cree que Villiers se suicidó?

La cautela al teléfono del inspector me hizo sospechar que no se trataba de un mero accidente. Lundy se encogió de hombros.

–Había estado bajo mucha presión y nos consta que hubo al menos un intento de suicidio fallido durante su adolescencia. Los abogados de sir Stephen nos han impedido acceder a su historial médico, pero según los testimonios verbales de personas que lo conocían, es obvio que hay antecedentes de depresión. Además, había una nota.

–¿Una nota de suicidio?

Hizo una mueca de dolor.

–No la llamamos así oficialmente. Sir Stephen no quiere oír a nadie sugerir siquiera que su hijo pueda haberse suicidado, así que tenemos que andarnos con cuidado. Y la nota fue encontrada en la papelera de Leo, por lo que o bien era simplemente un borrador o cambió de idea y luego decidió no dejarla. Pero era su letra, y en ella había escrito que no podía seguir adelante, que odiaba su vida... Esa clase de cosas. Además, la asistente que encontró la nota nos dijo que su escopeta también había desaparecido. Una obra de artesanía, hecha a mano por la casa Mowbry & Sons. ¿Ha oído hablar de ellos?

Negué con la cabeza: estaba más familiarizado con los efectos de los disparos de las armas de fuego que con sus fabricantes.

—Son competencia directa con los Purdey en cuanto a escopetas de encargo. Una elaboración artesanal preciosa, para quien le gusten ese tipo de cosas, y exorbitantemente caras. El padre de Villiers se la compró cuando cumplió dieciocho años. Debió de haber costado casi tanto como mi casa.

Un arma más barata hubiera sido igual de letal, pero empezaba a comprender por qué Lundy se había mostrado tan prudente para no hablar más de la cuenta. El suicidio era un acto difícil de asimilar para cualquier familia, especialmente si se trataba de un hombre sospechoso de asesinato. Sería un golpe doblemente difícil de aceptar para cualquier padre, por lo que no era de extrañar que sir Stephen Villiers estuviese en plena fase de negación. Pero en su caso, lo que lo distinguía era que él disponía tanto del dinero como del poder necesarios para no tener que salir de ella... aunque sería más complicado si aquel resultaba ser el cadáver de su hijo.

La mancha lejana del helicóptero todavía era visible, si bien ahora el viento hacía que el ruido se alejase cada vez más de nosotros. Parecía haber dejado de moverse.

—¿Qué le hace pensar que se trata de Villiers y no de Emma Derby? —pregunté.

Dudaba de que los ocupantes del velero que habían visto el cuerpo a la deriva hubieran podido distinguir su género.

—Porque la mujer desapareció hace siete meses —contestó Lundy—. Simplemente, no concibo que su cuerpo aparezca ahora, después de todo este tiempo.

Tenía razón. Aunque inicialmente un cadáver se hunde en el agua, cuando el aire retenido en los pulmones escapa por completo vuelve a resurgir a la superficie debido a la acumulación de gases de la descomposición, que lo hacen flotar de nuevo. Cuando eso sucedía, el cadáver podía pasar semanas a la deriva, dependiendo de la temperatura y las condiciones climáticas, pero siete meses era demasiado tiempo, sobre todo en las aguas relativamente poco profundas de un estuario. La combinación de mareas, animales carroñeros y aves marinas hambrientas se habrían cobrado su pieza mucho antes.

Aun así, en todo aquello había algo que no me cuadraba. Repasé lo que Lundy había dicho, tratando de encajar las piezas.

–Entonces ¿Leo Villiers no desapareció hasta seis meses después de que lo hiciera Emma Derby?

–Más o menos, así es, aunque no estamos seguros exactamente de cuándo. Hay un intervalo de dos semanas entre la última vez que alguien tuvo contacto con él y la fecha de la denuncia de su desaparición, pero estamos bastante seguros de que...

El inspector interrumpió su frase cuando oímos un silbido procedente del embarcadero. Un miembro de las unidades de actividades subacuáticas había aparecido por detrás de los cobertizos. Levantó el pulgar antes de darse media vuelta y volver por donde había venido.

Lundy sacudió las últimas gotas de té de su taza.

–Espero que esté listo para mojarse los pies, doctor Hunter –dijo cerrando de nuevo la tapa del termo–. Parece que el helicóptero ha encontrado algo.